

## ALGUNAS CONFLUENCIAS ENTRE *LA FLORIDA DEL INCA Y LOS COMENTARIOS REALES*

CARMEN DE MORA  
(Universidad de Sevilla)

En los estudios críticos sobre la obra de Garcilaso, cuando se compara *La Florida del Inca* con los *Comentarios reales*, suele concebirse la primera como un ejercicio previo que le sirvió al autor para atreverse con su obra de mayor envergadura. Esta idea la encontramos con frecuencia en garcilasistas de la talla de Raúl Porras Barrenechea, Aurelio Miró Quesada y José Durand, entre otros.

Porras Barrenechea se basa en la modestia de Garcilaso, al afirmar que se había limitado a trasladar al papel los recuerdos de Gonzalo Silvestre, para apoyar su idea de que, al escribir *La Florida*, el Inca se había adueñado de su estilo pero desconfiaba de sus propias capacidades. Tanto este libro como la *Traducción de los Diálogos de amor* resultarían fruto de su timidez, «hasta que ganadas esas dos trincheras de su desconfianza, se siente apto para llevar a cabo la inmortal tarea de escribir los *Comentarios reales* que serán íntegramente suyos por el alma indígena y la magistral forma española». Y llega a una conclusión un tanto paradójica: «Garcilaso escribe, pues, *La Florida* como un ensayo, que resulta, quizás, su obra maestra».<sup>1</sup>

Miró Quesada lo entiende como «una manera de adiestrarse para estar pronto a más altas empresas». Incluso llega a extrañarle que hubiera escrito esta obra:

---

<sup>1</sup> *El Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616)*, Lima: Editorial Lumen SA, 1946, págs. 8-9.

«Ni el Inca se había hallado en La Florida ni la jornada de Hernando de Soto había sido la primera o la más importante de las expediciones a esa zona». La razón estaría en que

Garcilaso necesitaba enseñorearse de los artificios del género histórico y adiestrarse especialmente en el hábil manejo de los procedimientos literarios y de los recuerdos personales, para componer su obra fundamental sobre el Perú. Obra profunda y vitalísima sobre los dos momentos culminantes de la tierra en que él había nacido y que él sentía, y que iba por ello a describir de más cabal manera que la peregrina historia de La Florida, que –como en las viejas palabras del romance– el Inca sólo podía decir que conocía de oídas, que no de vista.<sup>2</sup>

José Durand, en *El Inca Garcilaso, clásico de América*, refiriéndose a los *Comentarios reales*, considera los libros anteriores «un puro ejercicio».<sup>3</sup>

En contraste, en lecturas más recientes, se suele destacar la coherencia interna del proyecto historiográfico y literario del Inca desde la Traducción de los *Diálogos de amor* de León Hebreo hasta la segunda parte de los *Comentarios reales*, publicada ya póstumamente.<sup>4</sup> Aún reconociendo que es esta última la obra cumbre del Inca, no conviene desligar de ella su restante producción ni reducirla a un simple ejercicio, sin más. Mi propósito aquí es señalar algunas de las conexiones que existen entre ese libro y *La Florida*, porque son numerosas las referencias mutuas que se cruzan en ambos, y contrastarlas puede ayudarnos a entender mejor los estímulos que animaron la escritura del Inca. Creo, además, que para integrar adecuadamente *La Florida* en la producción garcilasiana conviene leerla desde la perspectiva de los *Comentarios reales*.

---

<sup>2</sup> *El Inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas*, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1971, pág. 163.

<sup>3</sup> *El Inca Garcilaso, clásico de América* [1976], Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 1988, pág. 15.

<sup>4</sup> Resultan reveladoras las conocidas reflexiones que incluye en el Proemio al lector, en *La Florida del Inca*, donde se refiere a sus obras y al estado de ánimo que las inspiró: «[...] y con sus desfavores y persecuciones me ha forçado a que, aviéndolas yo experimentado, le huyesse y me escondiesse en el puerto y abrigo de los desengañados, que son los rincones de la soledad y la pobreza, donde, consolado y satisfecho con la escasez de mi poca hacienda, passo una vida, gracias al Rey de los Reyes y Señor de los Señores, quieta y pacífica, más embidiada de ricos que embidiosa de ellos. En la cual, por no estar ocioso, que cansa más que el trabajar, he dado en otras pretensiones y esperanças de mayor contento y recreación del ánimo que las de la hacienda, como fue traducir los tres Diálogos de Amor de León Hebreo, y, aviéndolos sacado a luz, di en escrevir esta historia, y con el mismo deleite quedo fabricando, forjando y limando la del Perú, del origen de los reyes incas, sus antiguallas, idolatría y conquistas, sus leyes y el orden de su gobierno en paz y en guerra. En todo lo cual, mediante el favor divino, voy ya casi al fin», *El Inca Garcilaso, La Florida*, introd. y notas de C. de Mora, Madrid: Alianza Editorial, SA, 1988, pág. 103.

En el conocido «Prólogo a los indios mestizos y criollos», que sirve de Introducción a la *Historia general del Perú*, al explicar los motivos que tuvo para escribir la historia, el tercero que cita es «lograr bien el tiempo con honrosa ocupación y no malograrlo en ociosidad»<sup>5</sup>, propósito con el que confiesa también haber escrito sus restantes libros. Otra coincidencia son las circunstancias vitales que acompañaron la escritura, sobre todo el desengaño sufrido en la corte española, que –como reconoció José Durand– le cambió todo el curso de su vida.<sup>6</sup> Después de la muerte de su padre, la situación económica del Inca se vio muy afectada, en particular, al principio, recién llegado a España. El viaje a la Metrópoli le abría la posibilidad de recibir del rey las mercedes que le correspondían por los servicios prestados por el capitán Garcilaso, esperanza que –como es bien sabido– resultó frustrada cuando el Consejo de Indias, a través del licenciado Lope García de Castro, se las denegó por la ayuda que el capitán Garcilaso supuestamente le había prestado a Gonzalo Pizarro en la batalla de Huarina y que le valió la victoria contra el rey.<sup>7</sup> Quedó tan marcado el Inca por estos hechos que en su obra la amargura asoma de manera oblicua en distintas situaciones y a través de personajes diversos, como si se tratara de un discurso sumergido que de manera obsesiva reapareciera bajo distintas modulaciones. José Durand captó muy bien la importancia de estos «recuerdos dolorosos» en la escritura de Garcilaso. La amargura no le impidió defender abiertamente la honra de su padre, a pesar de que éste antepusiera la lealtad a su amigo a los intereses del rey:

Yo me satisfago con haber dicho verdad; tomen lo que quisieren, que si no me creyeren, yo paso por ello, dando por verdadero lo que dijeron de mi padre para honrarme y preciarne de ello con decir que soy hijo de un hombre tan esforzado y animoso y de tanto valor, que en un rompimiento de batalla tan rigurosa y cruel como aquella fue, y como los mismos historiadores la cuentan, fuese mi padre de tanto ánimo, esfuerzo y valentía que se apease de su caballo y lo diese a su amigo y lo ayudase a subir en él, y que juntamente le diese la victoria de una batalla tan importante como aquella, que pocas hazañas ha habido en el mundo semejantes.

---

<sup>5</sup> *Historia general del Perú*. Segunda parte de los *Comentarios reales de los Incas*, en *Obras Completas del Inca Garcilaso de la Vega*, t. III, ed. y estudio preliminar del P. C. Sanz de Santa María, Biblioteca de Autores Españoles, tomo CXXXIV, Madrid: Ediciones Atlas, 1960, pág. 13.

<sup>6</sup> Cfr. José Durand, *op. cit.*, pág. 12.

<sup>7</sup> Como señala Durand, en el ejemplar de Gómara que poseyó el Inca, constan las anotaciones hechas por él en las que desmiente esa versión de la batalla de Huarina. (Cfr. José Durand, *op. cit.*, pág. 65).

[...] que no faltará quien diga que fue contra el servicio del rey, a lo cual diré yo que un hecho tal, en cualquiera parte que se haga, por sí solo, sin favor ajeno, merece honra y fama.<sup>8</sup>

Retomando el hilo de nuestra materia, favorece igualmente la relación entre los dos libros la coincidencia, siquiera en parte, en el tiempo de la redacción de ambas obras (*La Florida* y los *Comentarios*).<sup>9</sup> De ahí que se produzcan interferencias y compartan algunos elementos a pesar de ser sus contenidos tan diferentes; leerlos desde este enfoque nos permite apreciar que no son objetos independientes, sino que forman parte de un planteamiento en el que cuenta mucho la proyección autobiográfica del escritor cuzqueño en su obra.

Una prueba de las conexiones entre *La Florida* y los *Comentarios* son los elementos que el Inca trasvasó de una obra a otra, como la deducción del nombre Perú<sup>10</sup>, cuyo origen asociaba con una anécdota que colocó en un principio en *La Florida* y luego incorporó a los *Comentarios*, o la creencia de los indios sobre la resurrección de los cuerpos y la inmortalidad del alma, suprimidas de *La Florida* por obedecer a sus amigos jesuitas Miguel Vázquez de Padilla y Gerónimo de Prado.

En ocasiones, al tratar un tema señala que ya lo había tratado en *La Florida*; así sucede con las canoas que fabricaban los indios para atravesar los ríos y para la pesca<sup>11</sup>; o al hablar de las perlas<sup>12</sup>, las yeguas y caballos<sup>13</sup>, la cantidad y

---

<sup>8</sup> *Historia general del Perú*. Segunda parte de los *Comentarios reales de los Incas*, libro quinto, cap. XXIII, en *Obras Completas del Inca Garcilaso de la Vega*, t. III, pág. 360.

<sup>9</sup> El Inca terminó la primera redacción de *La Florida del Inca* en 1589 y la segunda en 1592, después de haber incorporado las informaciones sacadas de las relaciones inéditas de los soldados Alonso de Carmona y Juan Coles, aunque la obra no se publicó hasta 1605. Durante ese tiempo, a la vez que componía los *Comentarios reales*, revisaba y corregía la historia de la expedición de Hernando de Soto (en 1596 desglosó de ella el proemio-dedicatoria a Garcí Pérez de Vargas, que se transformó en el Proemio al lector tras haber sufrido algunas correcciones). En cuanto a la redacción de los *Comentarios reales*, Garcilaso alude a esta obra, cuando todavía no era nada más que un proyecto, en la carta-dedicatoria dirigida a Felipe II, en los *Dialoghi d'Amore*, en los últimos años de la estancia en Montilla. Sigue un período de acopio de datos e informaciones de distintas fuentes entre 1590 y 1595; en mayo de 1596 ya había compuesto buena parte de los *Comentarios*, según se deduce del manuscrito original de la *Relación de la descendencia del famoso Garcí Pérez de Vargas* editado por el Marqués de Saltillo en *RHGE*, 1929, núm. 16. La redacción definitiva, tras haber conseguido, a través de Pedro Maldonado de Saavedra, los papeles del jesuita Blas Valera, iría de 1600 a 1605. En 1603 empieza a escribir la segunda parte, interrumpe la redacción entre 1606 y 1609, y pocos meses antes de morir escribe el prólogo.

<sup>10</sup> Cfr. Primera parte de los *Comentarios reales de los Incas*, libro primero, cap. IV, en *Obras completas del Inca Garcilaso de la Vega*, t. II, ed. y estudio preliminar del P. C. Sanz de Santa María, Biblioteca de Autores Españoles, tomo CXXXIII, Madrid: Ediciones Atlas, 1960, págs. 11-12.

<sup>11</sup> *Ibid.*, libro tercero, cap. XVI, pág. 107.

<sup>12</sup> *Ibid.*, libro octavo, cap. XXIII, pág. 327.

<sup>13</sup> *Ibid.*, libro noveno, cap. XVI, pág. 356.

tamaño de los productos españoles<sup>14</sup>, y la mezcla de razas<sup>15</sup>. Incluso al comentar el famoso episodio de la batalla de Huarina, en que se vio implicado su padre, no puede evitar referirse al desengaño del que habló en el Proemio de *La Florida*.<sup>16</sup> Por último, cuando don Antonio de Mendoza entra en el Perú tras haber sido nombrado virrey, gobernador y capitán general, recuerda el relator que en el período evocado en *La Florida* lo era de México.<sup>17</sup> Estas coincidencias demuestran que mientras escribía los *Comentarios* tenía muy presentes los asuntos y cuestiones que había abordado al relatar las hazañas de Hernando de Soto y su ejército. Inversamente, durante el período en que Garcilaso estaba escribiendo las aventuras de los españoles en la Florida no dejó de recordar todo lo sucedido en la conquista del Perú.<sup>18</sup>

No puede olvidarse tampoco la valiosa colaboración de Gonzalo Silvestre, el informante secreto de *La Florida*, en la *Historia general del Perú*. Varner ha destacado cómo le contó a Garcilaso sus propias aventuras en la tierra de los Incas y corroboró muchos de los acontecimientos de los que el mestizo había sido testigo. Juntos analizaron los caracteres y las motivaciones de lealtad y deslealtad; y juntos juzgaron la verdad y falsedad de lo que Garcilaso eventualmente iba a citar de los otros historiadores. Como explica Varner, en las notas al margen de la conocida copia de la *Historia* de López de Gómara, que indudablemente usaron ambos, la mano del viejo guerrero puede ser detectada en los comentarios sobre acontecimientos en los que él había jugado un papel destacado, con arranques apasionados como «Aquí miente», «Aquí falsea los hechos» y, en una instancia, «El libro, tanto como el que lo escribió merece ser quemado».<sup>19</sup>

<sup>14</sup> *Ibid.*, libro noveno, cap. XXIX, pág. 370.

<sup>15</sup> *Ibid.*, libro noveno, cap. XXXI, pág. 373.

<sup>16</sup> *Ibid.* cfr. *Historia general del Perú*. Segunda parte de los *Comentarios reales de los Incas*, libro quinto, cap. XXIII, en *Obras Completas del Inca Garcilaso de la Vega*, ed. cit., t. III, pág. 360.

<sup>17</sup> *Ibid.*, t. IV, libro sexto, cap. XVII, pág. 37.

<sup>18</sup> Ya Varner señaló oportunamente esta coincidencia. Refiriéndose a la *Historia general del Perú* escribe: «Since this history and *The Florida* were in the process of composition simultaneously, we can suppose with some confidence that the old warrior was relating the story of De Soto's struggle through North America at the same time he was telling of the turmoil in Peru». Cfr. introducción a la edición en inglés de *La Florida del Inca: The Florida of the Inca: A history of the Adelantado, Hernando de Soto*, eds. J. Grier Varner and J. Johnson Varner, Austin: University of Texas Press, 1980, pág. XXIV.

<sup>19</sup> Cfr. John Grier Varner, *El Inca: The life and times of Garcilaso de la Vega*, Austin: University of Texas Press, 1968, pág. 282. A propósito de las anotaciones de Gonzalo Silvestre a la *Historia de las Indias de Gómara*, escribe Porras Barrenechea: «Las anotaciones del conquistador se contraen, en gran parte, a hechos olvidados que amplían las noticias de Gómara, a defender la obra de los conquistadores, a rechazar imputaciones contra los indios, que revelan la magnanimidad del auténtico colonizador español, y al relato de ciertas menudas incidencias que parecen tener por lo general un contenido autobiográfico». Cfr. Raúl Porras Barrenechea, *El Inca Garcilaso en Montilla, 1561-1614: nuevos documentos hallados y publicados*, Lima: Instituto de Historia-Editorial San Marcos, 1955, pág. 225. Igual que Riva Agüero

Si la relación de Gonzalo Silvestre resultó imprescindible para la redacción de *La Florida*, en los *Comentarios* también lo fue para reconstruir algunos episodios, otro nexo significativo, por tanto, entre los dos libros. Así ocurre con la batalla de Salinas entre los Pizarro y Almagro. El Inca recurre al testimonio de Silvestre para opinar sobre las proezas que se le atribuyeron a Rodrigo Orgóñez, general del ejército de Almagro<sup>20</sup>, y para comentar el episodio protagonizado por Juana Leytón<sup>21</sup>, así como otros relacionados con la participación de Gonzalo Silvestre en la batalla de Huarina<sup>22</sup>.

Si se contrastan los pasajes de la *Historia general del Perú* en que aparece Gonzalo Silvestre, ya sea como testigo o como actor, se observa el interés del Inca en demostrar que era un informante fiable y en probar su valentía en las batallas. Además, los episodios en que se ve involucrado siempre recuerdan una de las máximas obsesiones de Garcilaso motivada por lo sucedido con su padre: la conveniencia de respetar y valorar al enemigo, aunque sus ideas sean diferentes a las nuestras, como ilustran los casos de Juana Leytón y Gonzalo Pizarro, que quiso atraerlo a sus filas a pesar de militar en las contrarias. Y es que, como reconoció José Durand, «Historia es, para el Inca, autobiografía».<sup>23</sup>

Antes de profundizar en algunos elementos que sirven de conexión entre las dos obras, es oportuno señalar el contraste, desde la perspectiva española, entre la expedición fracasada de Hernando de Soto y la conquista exitosa del Perú, también entre floridanos e incas. En el penúltimo capítulo de *La Florida* –libro escrito, entre otras razones, para mostrar la necesidad de que España conquistara y poblara aquellas tierras y así atraer a sus habitantes a la fe católica– se lamenta el Inca de que, al abandonar aquella región, tal vez se había renunciado a formar un imperio que hubiera competido con la Nueva España y el Perú. La realidad, bien conocida, fue que los españoles habían encontrado mucha hostilidad y resistencia, y andaban cansados de luchar contra indios tan belicosos. Ello, unido

---

demostró que Silvestre era el incógnito colaborador de Garcilaso en *La Florida*, Porras demuestra que el conquistador anónimo del que habla Garcilaso es también Gonzalo Silvestre del que habla Garcilaso en *La Florida*.

<sup>20</sup> Cfr. *Historia general del Perú*, ed. cit., t. III, libro segundo, cap. XXXVI, pág. 159. Lo cierto es que este episodio tal como lo cuenta el Inca, de forma distinta a como lo hace Zárate –quien se limita a reconocer que iba muy bien ataviado y por eso lo confundió con su amo–, recuerda demasiado al episodio de la *Eneida* en que Héctor mata a Patroclo por confundirlo con Aquiles, ya que éste le había permitido a su amigo salir a combatir con sus propias armas. En la versión del Inca –que dice estar tomada de Gonzalo Silvestre– el paralelismo con el episodio de la *Eneida* es aún más evidente. Curiosamente, López de Gómara, cuya versión cita el Inca en la *Historia general del Perú*, ed. cit., libro segundo, cap. XXXVIII, pág. 159, tampoco se hace eco de este hecho.

<sup>21</sup> *Ibid.*, libro cuarto, cap. XXXIX, pág. 303.

<sup>22</sup> *Ibid.*, libro quinto, cap. XIX, pág. 352 y cap. XXI, pág. 355.

<sup>23</sup> José Durand, *op. cit.*, pág. 19.

a la decepción de no haber encontrado oro ni plata, los llevó a abandonarlas sin haberlas poblado. No es posible dejar de comparar esta experiencia fracasada con la conquista del Perú, ni dejar de reconocer la labor civilizadora que, según Garcilaso y con arreglo a un concepto providencialista de la Historia, llevaron a cabo los Incas antes de la llegada de los españoles:

Que por experiencia muy clara se ha notado, cuanto más pronto y ágiles estaban para recibir el evangelio los indios que los reyes Incas sujetaron, gobernaron y enseñaron, que no las demás naciones comarcanas, donde aún no había llegado la enseñanza de los Incas; muchas de las cuales están hoy tan bárbaras y brutas como antes se estaban con haber setenta y un años que los españoles entraron en el Perú.<sup>24</sup>

Aunque en la Florida había pueblos que demostraban estar en posesión de cierto grado de civilización, ninguno podía aproximarse ni remotamente al alcanzado por los Incas. Del contraste entre ambas experiencias, resulta que la resistencia de los floridanos para aceptar la conquista y acogerse a la fe católica constituía una prueba indirecta de hasta qué punto el imperio incaico les había facilitado a los españoles la conquista del Perú.

#### HERNANDO DE SOTO Y ATAHUALPA

La participación, en la expedición a la Florida, de algunos españoles que habían estado en la Conquista del Perú –seis o siete, según el testimonio de Garcilaso<sup>25</sup>– tiende puentes entre las dos obras: Hernando de Soto, Gonzalo Silvestre, Hernando Mogollón, Diego de Tapia y Antonio Carrillo.<sup>26</sup> De ellos, me ocupo, por su interés, de Hernando de Soto. Sin haber participado en la expedición a la Florida, también hace aparición en esta obra Hernán Ponce de León, que sí había estado con Soto en la conquista del Perú.<sup>27</sup>

<sup>24</sup> *Comentarios reales de los Incas*, ed. cit., t. II, libro primero, cap. XV, pág. 25.

<sup>25</sup> Cfr. El Inca Garcilaso, *La Florida*, ed. cit., pág. 117.

<sup>26</sup> Además, en el libro sexto, capítulo XX, de *La Florida*, al comentar que los sobrevivientes de la expedición no quisieron permanecer en México y tomaron distintos rumbos, señala que la mayoría se fue al Perú y participó en las guerras contra Gonzalo Pizarro, Sebastián de Castilla y Francisco Hernández Girón. Sobre ellos ofrece el Inca su testimonio personal: «En el Perú conocí muchos destes cavalleros y soldados, que fueron muy estimados y ganaron mucha hazienda, más no sé que algunos dellos viesse alcançado a tener indios de repartimiento como lo pudieran tener en la Florida». Cfr. *La Florida*, ed. cit., pág. 580.

<sup>27</sup> Sobre el episodio de *La Florida* en que interviene Hernán Ponce véase mi artículo «La dualidad en los episodios amplificativos de *La Florida del Inca*», en *Nuevas lecturas de «La Florida del Inca»*, eds. C. de Mora y A. Garrido, Madrid-Frankfurt: Editorial Iberoamericana-Vervuert, 2008, págs. 205-220.

Cuando Soto se dispuso a emprender el viaje para la conquista de la Florida ya había recibido de Carlos V varios títulos y cargos: adelantado, marqués, gobernador y capitán general de la Florida y de la isla de Cuba. Gracias a todas las ganancias que había conseguido en el Perú, a los cien mil ducados que obtuvo del rescate de Atahualpa –o ciento veinte mil, si nos guiamos por las anotaciones de Gonzalo Silvestre a la *Historia de las Indias* de Gómara– pudo costear los gastos de esta nueva empresa:

De esta cantidad y de las ventajas que como a tan principal capitán se le hizieron, y con lo que en el Cuzco los indios le presentaron cuando él y Pedro del Barco solos fueron a ver aquella ciudad, y con las dádivas que el mismo rey Atahuallpa le dio ca fue su aficionado por aver sido el primer español que vio y habló, uvo este cavallero más de cien mil ducados de parte.<sup>28</sup>

Que el protagonista de *La Florida* hubiera desempeñado una importante misión en la conquista del Perú –como señala Lockhart, «era la figura individual más poderosa de la expedición después de Francisco Pizarro<sup>29</sup>– refuerza más aún los vínculos con los *Comentarios reales*. Conocer la trayectoria de Soto antes de la aventura floridana ayuda a entender el porqué del interés que puso en él Garcilaso.

Lockhart reconoce que el Inca no estaba muy al tanto de los antecedentes de Soto, hecho que motivó que equivocara el lugar de nacimiento, aunque acertó en considerarlo un hidalgo si bien en España era «algo marginal».<sup>30</sup> Diversos autores, entre ellos Garcilaso, lo consideraban un caballero que superaba en cualidades morales a otros conquistadores, opinión que cuestionó Porras Barrenechea en *Una relación inédita de la Conquista. La crónica de Diego de Trujillo*, donde irónicamente le llamaba «Soto el Bueno» y, siguiendo a Oviedo, Trujillo y Cristóbal de Mena –e incluso citaba a Garcilaso–, lo equiparaba a los demás conquistadores en la violencia contra los indígenas. Alude también al interés

---

<sup>28</sup> El Inca Garcilaso, *La Florida*, ed. cit., pág. 106.

<sup>29</sup> James Lockhart, *Los de Cajamarca. Un estudio social y biográfico de los primeros conquistadores del Perú*, Lima: Editorial Milla Batr, 1986, pág. 199. Lockhart explica muy bien las discrepancias entre Soto y los Pizarro en cuanto al papel que le correspondía al primero en la conquista del Perú. Mientras que Soto se consideraba a sí mismo el máximo jefe, después de Francisco Pizarro, éste y sus hermanos tenían la independencia y ambiciones de Soto: «Sabía [Soto] que los hombres y caballos que traía eran esenciales para la conquista y era el caudillo y organizador, no meramente el embajador de los Pizarro. Pensaba que el acuerdo consistía en ser el segundo Pizarro efectiva y permanentemente en el mando o “general”. Al llegar a Perú se ofendió muchísimo al encontrar a Hernando Pizarro firmemente establecido en ese cargo. Los Pizarro estaban decididos a no compartir el verdadero poder». Lockhart, *op. cit.*, pág. 201.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pág. 198.

de Soto en las riquezas de Atahualpa, lo que pondría en duda las verdaderas razones que tuvo para oponerse a la ejecución del Inca.<sup>31</sup> No obstante, Lockhart le reconoce:

A pesar de no haber sido ningún santo o encarnación de benevolencia, Soto sí resaltaba como caballero de cierto tipo, arrojado, brioso y galante. Equiparable a los Pizarro en su excesiva ambición por gobernar, carecía de frialdad, de cálculo y del carácter vengativo de éstos. Mientras que Hernando Pizarro no era hombre de a caballo, Soto ejecutaba una hazaña espectacular de equitación tras otra.<sup>32</sup>

Antes de aventurarse con Almagro y Pizarro, Hernando de Soto había participado –en compañía de sus dos socios y amigos, Francisco Compañón y Hernán Ponce de León– con Francisco Hernández de Córdoba en la conquista de Nicaragua, en 1524, en calidad de capitán.<sup>33</sup> Fijó su residencia en León de Nicaragua y, junto con su compañero Ponce de León, se convirtió en uno de los vecinos más ricos e influyentes, dedicándose a los negocios de fletes con Panamá. Ambos «consiguieron construir el mejor navío que surcaba por entonces las costas de la mar del Sur», de ahí que Francisco Pizarro le ofreciera a Soto la tenencia general del ejército que se estaba preparando en Panamá para la conquista de las tierras del sur en busca de un imperio desconocido.<sup>34</sup>

En los *Comentarios*, por diversas circunstancias, la figura de Soto aparece ligada a la de Atahualpa y, por tanto, a la pérdida del imperio incaico. Con Hernando Pizarro encabezó la embajada que su hermano Francisco le envió al Inca, en respuesta a la que antes le había enviado el propio rey a través de su hermano Titu Atauchi para darles la bienvenida.<sup>35</sup> En realidad, aquella embajada

---

<sup>31</sup> «Así fue el verdadero Soto –escribe–, ni mejor ni peor que otros conquistadores, pero en manera alguna paradigma de beatitud y mansedumbre». Raúl Porras Barrenechea, *Una relación inédita de la Conquista. La Crónica de Diego de Trujillo*, Miraflores, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1970, pág. 116.

<sup>32</sup> *Ibid.*, pág. 199.

<sup>33</sup> La amistad y sociedad entre Soto y Ponce duró desde 1517 hasta después de la conquista del Perú; Garcilaso cuenta su versión de cómo se produjo la ruptura entre ambos en su *Historia de la Florida*.

<sup>34</sup> Cfr. Concepción Bravo, *Hernando de Soto*, Madrid: Ediciones Quórum-Historia 16, 1987, pág. 49.

<sup>35</sup> La dificultad del encuentro, en la versión del Inca Garcilaso, estuvo determinada por una mala traducción de la que fue responsable el indio Felipillo, intérprete que acompañaba a los españoles, y primer intérprete que tuvo el Perú «que aunque torpe en ambas lenguas, no podían pasar sin él» (Cfr. *Historia general del Perú*. Segunda parte de los *Comentarios reales de los Incas*, libro primero, cap. XVIII, en *Obras Completas del Inca Garcilaso de la Vega*, t. III, ed. cit., pág. 40). El Inca discrepa de la versión que dan los historiadores españoles de aquel encuentro, al achacarle a de Soto una actitud

había sido calculada por Pizarro para invitar a cenar al Inca y, aprovechando las circunstancias, apresarlo. Envío a Soto al mando de quince jinetes a Pultamarca, donde se encontraba el «real» de Atahualpa, para entregarle un regalo e invitarlo esa misma noche a cenar con el gobernador. Llegó después Hernando Pizarro con otros jinetes y se adelantó con cuatro de ellos hacia donde estaba el Inca.

En la relación que ofrece Garcilaso de aquel encuentro, basándose sobre todo en Blas Valera, enfatiza los malentendidos que resultaron de la pésima actuación del intérprete Felipillo<sup>36</sup> por no saber traducir las palabras de Hernando de Soto ni las de Atahualpa; y, además, por ser largo su discurso, olvidó la mayoría de ellas.

La defensa de Hernando de Soto en este episodio, frente a la opinión de otros historiadores, se puede relacionar con la imagen edificante que ofrece del adelantado tanto en los *Comentarios* como en *La Florida*, dotada de todos los atributos morales que debía tener un buen jefe militar y que estaban previstas en *El cortesano* de Castiglione. Inclusive, como propone J. A. Mazzotti, Hernando de Soto, en *La Florida*, sería una «figura paradigmática que luego servirá también de modelo para los incas de los *Comentarios* y para los continuadores de esa estirpe de servidores del “bien común”, como serán algunos conquistadores-encomenderos». De ese modo formaría parte de la «articulación identitaria del Inca Garcilaso».<sup>37</sup>

Otro episodio decisivo en el que participa –según el Inca– es el del rescate que Atahualpa les ofreció a los españoles para su liberación («[...] prometió porque le soltasen cubrir de vasijas de plata y oro el suelo de una gran sala donde estaba preso y encadenado»), y que implica también la muerte de Huas-

---

arrogante que le llevó a acercar tanto el caballo a Atahualpa que el animal le echó el resuello en la cara al rey; y a Atahualpa, haber matado a muchos de los que huyeron al acercarse los caballos. En cambio, sostiene que no fue Atahualpa sino un maese de campo quien salió a recibir a los embajadores con veneración y les dijo a sus capitanes y soldados: «Estos son hijos de nuestro dios Viracocha». Las fuentes en las que dice basarse el Inca son las relaciones de muchos españoles que presenciaron los hechos y que él pudo conocer a través de las conversaciones escuchadas en casa de su padre; las versiones que los indios le dieron a su madre; las relaciones que sus condiscípulos le habían enviado y los papeles de Blas Valera. Ello sin dejar de seguir las historias escritas por los españoles. Al respecto comenta del Busto: «Soto había querido darle un susto a ese indio que presumía de gran señor, pero el Inca le había dado a él una lección de señorío» (Antonio del Busto Duthurburu, *Francisco Pizarro, el marqués gobernador*, Madrid: Ediciones Rialp, SA, 1978. Cita sacada de Fernando Silva Santisteban B., «El mundo andino y la presencia de Hernando de Soto», en VV. AA., *Actas del Congreso Hernando de Soto y su tiempo*, Badajoz: Junta de Extremadura, 1993, pág. 125).

<sup>36</sup> Al parecer, el verdadero nombre era Martinillo. Cfr. F. Silva Santisteban B., art. cit., pág. 132.

<sup>37</sup> «*La Florida del Inca*, el Rey Alarico y el proceso de construcción identitaria en el Inca Garcilaso», en *Nuevas lecturas de «La Florida del Inca»*, eds. C. de Mora y A. Garrido, Madrid-Frankfurt: Editorial Iberoamericana-Vervuert, 2008, págs. 55-66.

car Inca.<sup>38</sup> La misión de viajar al Cuzco para ver el tesoro les fue encomendada a Hernando de Soto y Pedro del Barco. Explica el Inca que Atahualpa quedó muy disgustado de que fuera Hernando de Soto porque se sentía más protegido teniéndolo cerca, ya que había sido el primer cristiano que conoció y le había tomado afecto. Sin embargo, Lockhart considera que esta versión de que Soto y Pedro del Barco fueran enviados al Cuzco, cuando todavía vivía Atahualpa, para tomar posesión de la ciudad en nombre de España y recoger oro, es una leyenda apócrifa.<sup>39</sup> No obstante, aun siendo falsa, destaca la importancia que tuvo Soto en la conquista del Perú, y en eso no se equivocó Garcilaso. Él fue uno de los pocos españoles que tuvo una relación de cordialidad con Atahualpa y uno de los capitanes que se opuso a la ejecución del Inca. Cuando ocurrieron los hechos no estaba presente, había sido enviado a Huamachuco en compañía de Rodrigo Orgoñez, Pedro Ortiz, Miguel Estete y López Vélez para averiguar si era verdad que se estaba preparando una tropa incaica para atacar a los españoles en Cajamarca. A su llegada, debió lamentar mucho la ejecución.<sup>40</sup>

Conociendo estos precedentes, no pudo ser casual que Garcilaso escribiera un libro en torno a las hazañas de un jefe militar como Hernando de Soto, ni tuvo que deberse únicamente a la fortuna de disponer del valioso testimonio de Gonzalo Silvestre, sino a un cúmulo de circunstancias entre las que el papel desempeñado por H. de Soto en la conquista del Perú no sería la menos importante. La fracasada expedición a la Florida se hizo a costa de las riquezas obtenidas por el capitán del rescate de Atahualpa –quien permaneció preso más de ocho meses–, es decir, de una parte del tesoro de los incas. Por ello, una de las razones del desastre de aquella expedición la explica así el relator:

Como en este ejército uviessse algunos personajes de los que se hallaron en la conquista del Perú y en la prisión de Atahualpa, que vieron aquella riqueza tan grande que allí uvo de oro y plata, y uviessen dado noticia della a los que en esta jornada iban, y como, por el contrario, en la Florida no se uviessse visto plata ni oro, aunque la fertilidad y las demás buenas partes de la tierra fuesen tantas como se han visto, no contentavan cosa alguna para poblar ni hazer asiento en aquel reino.<sup>41</sup>

---

<sup>38</sup> Huascar y Atahualpa, hijos de Huayna Capac, se disputaron la sucesión a la muerte de éste. Huascar había sido proclamado «Inca» por la élite de Cuzco, Atahualpa, hijo de una mujer perteneciente a la nobleza de Quito, contaba con el apoyo de los grupos instalados en las provincias del Norte (Ecuador). Cfr. Carmen Bernand et Serge Gruzinski, *Histoire du nouveau monde. De la découverte à la conquête*, Paris: Fayard, 1991, pág. 459.

<sup>39</sup> James Lockhart, *op. cit.*, pág. 203.

<sup>40</sup> Después de la muerte de Atahualpa, Hernando de Soto convivió con doña Leonor, que había sido una de las mujeres del Inca, e incluso tuvo con ella una hija, doña Leonor Soto.

<sup>41</sup> El Inca Garcilaso, *La Florida*, ed. cit., págs. 393-395.

Leída *La Florida* en relación con los *Comentarios*, las muertes de Huáscar y Atahualpa, que significaron la caída del imperio, constituyen una experiencia trágica que tendría su epílogo en la aventura fracasada de Hernando de Soto. Simbólicamente, la pérdida del tesoro de los Incas, del que Hernando de Soto había obtenido una parte, resultó también pérdida para el español, que empeñó toda su fortuna en una expedición que le costó la vida. Tanto Atahualpa como Soto lucharon hasta el final, el uno por recuperar su libertad, el otro por descubrir en la Florida un imperio equiparable al Perú, pero ninguno lo consiguió, de ahí lo trágico de sus respectivos destinos. Estas correlaciones de carácter dual a las que tan aficionado era el Inca –tal vez inspiradas en las *Vidas paralelas* de Plutarco, obra que se encontraba en su biblioteca y que tanta difusión tuvo entre los humanistas– nos llevan a comprender el interés tan particular que mostró por la suerte del adelantado tras haber dejado el Perú. Un planteamiento que no se le escapa a Luis Millones en su ensayo «Escondiendo la muerte: Atahualpa y Hernando de Soto en la pluma de Garcilaso», donde analiza el paralelismo de sus entierros referidos en los *Comentarios* y *La Florida* respectivamente:

[...] Soto y Atahualpa cruzaron sus vidas por algún tiempo durante el cautiverio del Inca, y son además personajes centrales de las crónicas americanas. Coincidieron también en lo penoso de sus muertes y el destino sorprendente de sus cuerpos, ambos perdidos, uno quizá en algún escondrijo de los Andes, el otro arrastrado por las aguas del Mississippi. Los nueve años que separan a don Hernando de la muerte del inca, no borraron de la mente del conquistador la magnitud del tesoro acumulado tras el asalto de las tropas de Pizarro. Esa obsesión lo llevó a la tumba.<sup>42</sup>

#### HERNÁN PONCE Y HERNANDO DE SOTO: LA RUPTURA DE UNA VIEJA AMISTAD

La amistad de Soto con Hernán Ponce, cuando todavía era muy joven, y los vínculos que se crearon entre ellos hasta que Soto se marchó del Perú, constituyen otro puente entre la etapa de Soto anterior y relativa a la conquista del Perú, y la de la Florida. En cierto modo es un vínculo indirecto entre las dos obras, puesto que Hernán Ponce apenas aparece en los *Comentarios* y sólo es nombrado en una ocasión; tampoco deja de ser circunstancial su presencia en *La Florida*. La inclusión en los capítulos XIV y XV del libro primero, de un enfrentamiento episódico entre los dos socios, además de servir –como ya dije en otro lugar<sup>43</sup>– para ensalzar las virtudes de Soto, constituye una muestra

<sup>42</sup> Cfr. Carmen de Mora y Antonio Garrido (eds.), *op. cit.*, pág. 313.

<sup>43</sup> Véase la nota 22.

de la idea que vengo sosteniendo desde el comienzo: que el Inca no aislaba los acontecimientos de *La Florida* de los sucesos ocurridos en la conquista del Perú.

Ya me he referido a las ambiciones que llevaron a Soto a dejar el Perú y marcharse a España. Hernán Ponce se encontró con él en el Perú una vez concluida la conquista. En 1535, en el Cuzco, renovaron sus acuerdos, aunque ya empezaban a diferir los intereses de uno y otro: la meta de Ponce era disfrutar en España de las riquezas obtenidas con sus esfuerzos. Al marcharse, Soto dejó a Ponce al cargo de la administración de su encomienda, pero éste, en nombre de Soto, se la cedió a Almagro. Existía, según cuenta el Inca en *La Florida*, un acuerdo de hermandad entre ellos, desde que participaron en la conquista del Perú, por el que se repartirían siempre durante su vida lo que ganasen o perdiesen. Hernán Ponce, después de que Hernando de Soto se marchara a España, tuvo un repartimiento de indios que le había concedido Francisco Pizarro, además de conseguir mucho oro, plata y piedras preciosas. Como no estaba dispuesto a compartirlo con su amigo, no quiso pasar por la Habana, cuando Soto se encontraba allí para llevar a cabo la exploración y conquista de la Florida; pero, por una jugada del destino, hubo de hacerlo para refugiarse de una tempestad. No entraré en los pormenores de este caso cuya función en *La Florida* ya comenté en su momento, y cuyo desenlace fue la ruptura entre los dos amigos; recordarlo aquí reviste el propósito ya referido de establecer nexos entre algunas referencias compartidas por ambas obras del Inca.

DOÑA LEONOR DE BOBADILLA, NUÑO TOVAR Y MEJÍA DE FIGUEROA

Por el propósito de ceñirse principalmente a las *res gestae*, en *La Florida*, Garcilaso dejó sin desarrollar episodios que hubieran dado mucho de sí desde el punto de vista novelesco. Uno de ellos es el del matrimonio clandestino de doña Leonor de Bobadilla, hija del conde de la Gomera, con Nuño Tovar. Ella, junto con doña Isabel de Bobadilla, la esposa de Hernando de Soto, fueron las únicas mujeres que participaron en la expedición. Su presencia en la armada de Soto fue meramente fortuita. Se cuenta en el capítulo VIII, libro primero de *La Florida* que, cuando llegó el gobernador el 21 de abril, día de Pascua Florida, a la Gomera, fue recibido por el conde de la Gomera con una gran fiesta. Antes de marcharse pasados tres días, el gobernador consiguió que le diese una hija natural que tenía de diecisiete años y cuya hermosura «era estremada», llamada doña Leonor de Bobadilla, bajo la promesa de casarla y hacerla una gran señora en su nueva conquista. Se la entregó a doña Isabel de Bobadilla, la esposa del adelantado, para que la acompañara como si se tratara de una hija. Y partieron rumbo a Santiago de Cuba. Más adelante, estando todavía en Santiago, el gobernador nombró por teniente general de toda su armada y ejército a Vasco Porcallo

de Figueroa, habiendo depuesto de este cargo muchos días antes a Nuño Tovar por haberse casado clandestinamente con doña Leonor de Bobadilla.<sup>44</sup> Como se ve, hay detrás una historia de amor que se produjo en un breve espacio de tiempo y que el Inca se limita a enunciar. Sin embargo, no duda en enjuiciar la dureza del castigo. Así, en el cap. XIV del libro segundo (primera parte), al elogiar el valor demostrado por Nuño Tovar para asegurar a dos compañeros, Juan López Cacho y Gonzalo Silvestre, que se veían acosados por los indios en el paso de una ciénaga, escribe:

Que este buen cavallero, aunque desfavorecido de su capitán general, no dexava de mostrar en todas ocasiones las fuerças de su persona y el esfuerzo de su ánimo, haziendo siempre el dever por cumplir con la obligación y deuda que a su propria nobleza devía, que nunca el desdén con toda su fuerça pudo rendirle a que hiciese otra cosa, que la generosidad del ánimo no consiente vileza en los que de veras la poseen. A que los príncipes y poderosos que son tiranos, cuando con razón o sin ella se dan por ofendidos, suelen pocas vezes, o ninguna, corresponder con la reconciliación y perdón que los tales merecen, antes parece que se ofenden más y más de que porfien en su virtud. Por lo qual, el que en tal se viere, de mi parecer y mal consejo, vaya a pedir por amor de Dios para comer, cuando no lo tenga de suyo, antes que porfiar en servicio dellos, porque por milagros que en él hagan no bastarán a reducirlo en su gracia.<sup>45</sup>

Y así lo reitera en el capítulo séptimo, libro sexto, cuando refiere la llegada de los españoles a Río Grande –ya bajo el mando de Luis Moscoso–, adonde muchos españoles murieron porque habían llegado flacos y enfermos. Entre ellos, Nuño Tovar de quien dice el Inca «cavallero no menos valiente que noble, aunque infelice por averle cabido en suerte un superior tan severo que, por el yerro del amor que le forçó a casarse sin su licencia, lo avía traído siempre desfavorecido y desdeñado, muy contra lo que él merecía».<sup>46</sup>

Resulta curioso que al segundo esposo de doña Leonor de Bobadilla, Lorenzo Mejía de Figueroa, le ocurriera un episodio equivalente que Garcilaso refiere en la *Historia general del Perú*. El propio autor se encarga de recordar el vínculo:

---

<sup>44</sup> El Inca Garcilaso, *La Florida*, ed. cit., pág. 135.

<sup>45</sup> *Ibid.*, págs. 185-186.

<sup>46</sup> *Ibid.*, pág. 504.

Este caballero casó con doña Leonor de Bobadilla, mujer que fue de Nuño Tobar, teniente general del gobernador Hernando de Soto en la jornada que hizo para la conquista de la Florida, como largamente lo dijimos en la historia de la Florida. Tuvo un hijo y una hija, la cual se llamó doña María Sarmiento; casó en el Cozco con Alonso de Loaisa, vecino de aquella ciudad; la noche de sus bodas fue el levantamiento de Francisco Hernández Girón, como en su lugar diremos con el favor divino. El hijo se llamó Gonzalo Mejía de Figueroa, caballero que aunque mozo, fue de toda buena enseñanza; fue condiscípulo mío en la gramática; murió muy temprano, dejando mucha lástima a los que le conocían por la buena esperanza que de él tenían.<sup>47</sup>

El episodio en el que se vio envuelto Lorenzo Mejía de Figueroa se narra en el cap. VIII, libro quinto, a propósito de los enfrentamientos entre Gonzalo Pizarro y el presidente La Gasca, cuando muchos que hasta entonces habían estado al servicio de Gonzalo Pizarro se pusieron al servicio de La Gasca. Pizarro había enviado a Juan de Acosta con unos cincuenta hombres para impedir que los navíos de Lorenzo de Aldana siguieran adelante y desembarcaran. Al saber Acosta que algunos soldados que lo acompañaban habían huido y tener aviso de que había otros, al mando de Lorenzo Mejía de Figueroa, que pretendían lo mismo, Acosta lo degolló «no más con este indicio», dice el Inca.<sup>48</sup>

Ambos personajes, Nuño Tobar en *La Florida* y Mejía de Figueroa en los *Comentarios reales*, además de haber estado casados con Leonor de Bobadilla, reciben un castigo desproporcionado para las faltas que supuestamente habían cometido y resultan víctimas de la falta de magnanimidad de sus superiores. Tales juegos de simetría abundan por las obras del Inca. Lo que llama la atención es que a través de un mismo personaje, doña Leonor de Bobadilla, y sus dos esposos, se refieran dos casos de actuaciones injustas de un superior con quienes no lo merecían; es decir, dos espejos más, entre los múltiples distribuidos por toda la obra, que reproducen con variantes la injusticia cometida con su propio padre a la que él nunca pudo sustraerse.

De todas las convergencias que he ido planteando entre las dos obras del Inca, sin duda las de Gonzalo Silvestre y Hernando de Soto resultan las más significativas, lo que no impide reconocer que las restantes aquí comentadas dan cuenta también de la densidad que caracteriza a la escritura del Inca, tan compleja, a pesar de su claridad, como lo fue el propio autor.

---

<sup>47</sup> *Historia general del Perú*, ed. cit., t. III, libro quinto, cap. VIII, pág. 330.

<sup>48</sup> *Ibid.*, pág. 330.